

—Esa mujer es terrible, dijo Manzanedo, y educada para la política, mantiene relaciones con todas las personas de influencia, y las aleja entre sí con un tacto admirable!

—Y qué os dice?

—Que en México se conspira incesantemente, aunque se ha recibido la proclama de los aliados con sumo disgusto por los partidarios de la monarquía.

—Nos ha pasado á nosotros lo mismo; no obstante, la cosa marcha.

—Temo un rompimiento entre los plenipotenciarios; la manzana de la discordia ha aparecido.

—Seria bueno deshacernos de Prim, dijo de una manera acentuada el conde del Jaral.

—No, repuso Manzanedo, puede ser el elemento borbonista.

—No importa, ese hombre es de mal agüero; ya sabeis que yo cuento con medios para todo.

—Ya los explotaremos mas tarde.

El conde era un hombre que veia en los hombres *obstáculos ó medios*; estaba pronto á emplearlos ó á hacerlos desaparecer; negaba la existencia de los crímenes en política; creia que todo era lícito para llegar á un fin determinado.

Don Fernando era partidario de Maquiavelo, pero aplicaba sus máximas sin talento.

Hay libros que son lo que una arma en manos de un loco.

Los cerebros de aquellos hombres comenzaban á poblarse de sombras, y entre las sombras crece la envenenada planta del crimen.

Toda la fidelidad generosa del perro, y su grande adhesion hácia la mano que lo protege y acaricia, cesa desde luego que el animal es atacado por la hidrofobia.

La ambicion es la rábia de los séres á quienes Dios ha concedido el soplo de la inteligencia.

CAPITULO VIII.

De los toros y cañas con que obsequiaron á los señores porta-pliegos en la sociedad conservadora de México.

I.

La nota colectiva, primer desbarro de los aliados, y que determinó la marcha política de la intervencion, fué enviada á México por conducto del brigadier Milans del Bosch, del comandante Thommaset y de Mr. E. Patham.

La comision se presentó al ministro de relaciones.

El general Doblado, ese hombre astuto, como habia dicho M. de Saligny, y de una gran capacidad, recibió á los enviados con extraordinaria galantería.

El bravo español, que creia segun la voz general en Europa, hallar un campo de Agramante, y robos y asesinatos en las calles, y escándalos y desórdenes espantosos, encontró una sociedad organizada como Europa, bajo las condiciones de distincion y moralidad á toda prueba.

El ingles se quedó aturdido ante un cuadro que verdadera-

mente no esperaba, despues de las calumniosas palabras de su ministro.

En cuanto al frances, comprendió que la conquista estaba *verde*, como las uvas de la zorra.

Los porta-pliegos, y es necesario confesarlo, fueron los primeros en variar de opinion respecto de los hombres y de las cosas de México.

Milans del Bosch era amigo íntimo del general Prim, y sus informes robustecieron mas las creencias de ese noble patricio al fallar sobre la suerte de un país, donde habia visto la primera luz su jóven esposa, madre de esos tiernos niños que participan hoy de ese pan amargo del destierro, y dividen en su inocencia la suerte de su padre, como el honor de un nombre sin mancilla.

Esas criaturas son hijas de una mexicana, y nuestras simpatías hacen un voto por su felicidad!

II.

La señorita Amalia Brown, hija de un rico banquero ingles, estaba recién llegada á la capital de la República, y la noche del 24 de Enero daba un gran baile á los porta-pliegos de las naciones aliadas.

La mas suntuosa casa de la calle de San Francisco se ostentaba llena de esplendor desde la puerta de entrada hasta los régios salones, donde afluía una concurrencia numerosa y elegante.

El patio estaba convertido en un bosque de plátanos con sus hojas arrasadas, de naranjos exhalando el azahar de sus capullos, como los incensarios del edificio, y de multitud de flores que expuestas á una luz artificial de luna, tomaban un tono suavísimo y encantador.

En los escalonés de la amplia escalera de entrada y por ambos extremos, habia una sucesion de tiestos con flores de seda, iluminadas y puestas entre las rosas y arbustos naturales.

La cantería estaba cubierta por una rica alfombra.

Las pilastras que sostenian los corredores en la parte alta y baja del edificio, estaban adornados con festones de clavo, y en el centro de los arcos habia estrellas de vasos de colores.

En el centro del patio, una fuente artificial con taza de mármol, con una pequeña estátua del Amor sobre una serpiente alada.

Los corredores que conducian á la antesala y salon principal, estaban como el patio, cubiertos de plantas y de flores.

El salon tenia solamente dos espejos.

Eran dos lunas venecianas abrazando dos lienzos del salon; aquello era sorprendente.

Una lámpara de cristal con trescientas luces, daba de lleno sobre la alfombra blanca salpicada de lentejuelas, y se reproducia en aquellos gigantes cristales con un efecto magnífico.

Blanco y oro se ostentaba en muebles y tapices, y todo reverberaba como un sol incandescente.

En uno de los corredores se improvisó un salon-comedor, donde se encontraba todo el lujo asiático en una soberbia manifestacion.

En la antesala habia unos muebles á la Luis XV, y en la pared del centro una copia de Madrazo.

Sobre el fondo oscuro del lienzo se destacaba la inmortal figura de la Herodías, llevando en la fuente de plata la cabeza del Bautista.

La luz estaba tan bien combinada, que heria á aquella pintura precisamente en el foco bajo cuyos rayos estaba ejecutada.

El marco era de ébano con incrustaciones de oro.

III.

Amalia Brown esperaba de pié á sus invitados, y con una galantería inimitable los introducía en los salones.

La hija del banquero llevaba un traje de raso azul, abierto en la enagua, figurando delantal de encajes flamencos, y adornado en sus bordes con botones de perlas con el centro de brillantes.

La vista del corpiño también de encajes finísimos y delicados.

Unos pendientes formados de solitarios de un tamaño fabuloso, una soguilla deslumbradora y una pulsera riquísima, formaban el arreo de aquella mujer maravillosamente hermosa.

Los ojos de Amalia brillaban en una irradiación encantadora; su sonrisa era la de la sirena, y su voz el acento de los ángeles.

Parecía una ilusión de felicidad, el génio de la belleza, el númen del encanto y de las esperanzas.

Aquella mujer estaba en armonía con la luz, con las flores, con los ecos armoniosos que inundaban la mansión del lujo en una atmósfera de perfumes, de encantos y de espiritualismo.

IV.

—Estoy verdaderamente sorprendido, decía el señor Peña Flores á su hija Clotilde; esta fiesta es verdaderamente régia.

—Nada hay en todo que pueda tacharse de mal gusto, exceptuando una media docena de señores de corbatas blancas, como me has contado los había en el tiempo de los vireyes.

—Cuidado, Clotilde mia, esos caballeros son las personas más distinguidas del partido conservador.

—No puedo disimular el disgusto que me provocan, creo que este baile es una manifestación de simpatía hácia las aspiraciones de la liga.

—¡Hola! ya hablas de política como un periodista.

—No, no es eso, es que me repugna el servilismo; he oído algo de sus conversaciones, y como son conocidas sus tendencias al retroceso, no dudo que tratan de influenciar á los enviados haciéndoles creer que existe en México un partido que acepta la intervención.

—No, hija mia, este obsequio es de hospitalidad.

Acercóse uno de aquellos de las corbatas blancas, como decía Clotilde.

—Señorita, estamos de felicitación; qué me place ver á usted en los salones! es necesario que los europeos vean y aprecien lo que valen nuestras hermosas.

—En cuanto á mí, señor Rodríguez, poco tendrán que admirar.

—No puedo permitir tanta modestia, usted no tiene rival en materia de belleza; personas como usted no cuenta esa sociedad demagoga. . . .

—Sí cuenta, se apresuró á contestar la jóven, puesto que yo pertenezco á ella de todo corazón.

El viejo sátrapa arremangó el labio mintiendo una sonrisa.

—Usted se chancea, yo no supongo en usted tan mal gusto.

—Pues lo tengo, caballero; además, no creo que esta reunión tenga por objeto exponernos como esclavas en la tienda de un comerciante árabe.

—Dios mio! está usted diciendo horrores, eso es confundir mis espresiones, yo solo quiero decir que me envanezo de la sociedad á que pertenecemos.

—Efectivamente, la sociedad mexicana nada tiene que envidiar, y hablo en general de ella, porque ustedes los caballeros son también un modelo de finura y sobre todo de patriotismo;

es necesario que delante del extranjero se haga alarde de ambas cualidades ¿no es verdad?

—Sí. . . . no hay duda. . . . pero. . . . yo, en fin, como no estoy de acuerdo con los hombres de esta administracion. . . .

—Esos son asuntos domésticos que no los debe trascender un extraño: la patria es la patria, caballero.

—Creo que me llaman, señorita, dijo aturdido aquel hombre, y saludando á Clotilde se alejó avergonzado ante los rudos ataques de la jóven.

—Hija mia, dijo el señor de Peña Flores, estás terrible esta noche, traes un humor espantoso.

—Qué quieres! estos hombres me son antipáticos, los veo arrastrarse á los piés del poderoso y los rechazo instintivamente.

—Mira, dijo Peña Flores, la señorita Amalia lleva una diadema de perlas y rubíes admirable.

—Esas alhajas son de mucho gusto y es preciso confesar que le sientan admirablemente.

Un golpe de música anunció que los enviados de la liga se presentaban en los salones.

Amalia se levanto, dirigiéndose á su encuentro.

V.

Milans del Bosch, portapliegos del conde de Reus, llevaba todas sus condecoraciones y manifestaba en su apostura toda la hidalguía española.

—Caballero, dijo la dama, tendiendo su mano al brigadier: aunque no os habeis hecho esperar demasiado, ya estaba impaciente por vuestra llegada.

—Señora, no se pasa un momento de la hora y confieso que el tiempo ha trascurrido lentamente; pero quedo indemnizado con el alto honor de estrechar una mano tan hermosa y poder manifestar á la señorita Brown mi gratitud por su invitacion.

—Me es grato, continuó Amalia, dirigiendo la palabra en lengua inglesa á Patham, saludar á un compatriota á una distancia tan grande de nuestro suelo.

—Señora, yo me inclino respetuosamente ante esas palabras que traen á mi memoria los recuerdos de la patria, y mas cuando vienen de lábios tan encantadores como los de la señorita Brown.

—Caballero, dijo la dama saludando cortesmente al oficial frances y adoptando su idioma, los hijos de la Francia se distinguen en todas partes por su galantería: estaba segura de que concurriríais á mi invitacion.

—Señora, tanta amabilidad me deja confuso y no encuentro palabras con que responder debidamente al honor que se me dispensa; cuando el corazon siente el labio enmudece.

Los porta-pliegos penetraron en el salon. Todo aquel lujo deslumbrante, aquella juventud ataviada de oro y brillantes, en nada se diferenciaba de la exquisita sociedad europea.

Aquellos hombres iban de sorpresa en sorpresa; protestaban contra los cuadros de costumbres nacionales que corren en los mercados de Europa, en que se nos pinta bajo el humilde techo de los *jacales* bailando el jarabe y con un traje de fantasía invento de los artistas del otro continente.

El pensamiento de la *conquista* se iba desvaneciendo por grado; no era posible tornar en esclavos, ni aun en colonos, á los miembros de una sociedad donde la civilizacion ha echado tan profundas raices.

Los individuos de la familia desheredada de los *conservadores* se fueron acercando con dulzura á los enviados para *explorar* el campo.

Milans del Bosch con la franqueza española que lo caracteriza, no pudo contener su entusiasmo.

—Señores, decia en voz alta, estoy encantado de la sociedad mexicana! verdaderamente se hacia necesaria la revolucion de reforma.

Los conservadores hicieron un jesto tan unísono como los comparsas de la ópera.

—¡Oh! las mexicanas, decía el francés, son encantadoras, harían papel en nuestros salones de la aristocrácia; el baile está delicioso.

El inglés, con las gafas caladas, observaba los menores detalles de la fiesta y llevaba el compas de la música con el pié.

—Yo me felicito, continuaba el brigadier, de estar entre los de mi raza; ¡vive Dios! que han hecho admirablemente al proscribir á los frailes y derribar los conventos; en España nos contentamos con tan poco! allí acabamos con los pájaros y los nidos!

Los conservadores respiraban con dificultad, como los buzos al salir del fondo del mar.

—Esta sociedad avanza; es una injusticia que se pinte á México como una nacion de bárbaros; ya voy creyendo que el sistema republicano es planta de este clima.

Los conservadores sentían retortijones de tripas.

—No hay duda, dijo el inglés, este es otro *negocio* diferente, es necesario ver antes de obrar.

Los conservadores le lanzaron una mirada de basilisco.

El baile habia comenzado con gran entusiasmo y la fiesta estaba en todo su esplendor.

—Nos hemos lucido! decía el señor de Rodriguez.

—Sí, decía otro individuo alto, seco y enjuto como una culebra disecada, nos salió el *huevo güero*.

—Estos enviados son demagogos, la cosa se tuerce.

—Ya creo que está torcida.

—¡Que engaño!

—Aprueban la supresion de los señores religiosos!

—Y la extincion de las monjas!

—Y la tirada de los conventos!

—Me he quedado estupefacto!

—No crea usted que estos hombres nos regeneren.

—Estoy por volverme juarista.

—Si estas son nuestras esperanzas, dentro de un año andamos de mosquete gritando: mueran los *mochós!*

—Afortunadamente Mr. de Saligny y Mr. Wyke están decididos á *intervenir*.

—A menos que no se hayan atarantado con un espectáculo que no vale la pena.

—Los millones de Jecker pesan en la balanza terriblemente.

—Ya lo creo, les daríamos el doble por vernos libres de Juaréz y su administracion.

VI.

A la media noche toda aquella revuelta concurrencia afluyó como un torrente de gasas, de brillantes y de flores al salon de refresco.

El hirviente Champaña, el Rhin, el Madera, el lácrima-cristi y cuantos vinos produce el suelo de la Europa, tantos fueron servidos en aquel espléndido banquete.

Los brindis, las espresiones, las simpatías, los votos de amor y de amistad se mezclaban; así como los corazones en suspiros, y las almas en el fuego abrasador de las miradas.

La señorita Brown tomó el brazo del brigadier español, y comenzó á recorrer los salones, sosteniendo una empeñada conversacion.

—Ya sabeis, señora, decía Milans del Bosch, que mis ideas son enteramente progresistas; ignoro aún la suerte reservada á este hermoso país; pero sí me es fácil asegurar que es grave la empresa de derrocar el gobierno de la república.

—Y en caso de que el pueblo acepte la idea monárquica, ¿no juzgais razonable la resurreccion del plan de Iguala en que se llama al trono á uno de los príncipes de la casa de Borbon?

—Creo que es un negocio muy adelantado, puesto que la candidatura recae en el príncipe don Juan.

La jóven sonrió con satisfaccion.

—Y el general Prim se prestaria á sostener la candidatura?

—El general se sujetará á lo que el gobierno de S. M. determine.

—Y vos, señor brigadier, ¿pudiérais asegurar al caballero Prim, que en México se acepta como una esperanza la llegada al sόlio de un espańol?

—No he oido hasta ahora una sola palabra que pudiera servir de base á ese aserto.

—Yo os lo aseguro; llevo algun tiempo de estar en la capital y he visto el ascendiente que encuentra ese pensamiento.

—No veo muy claro en este negocio; los aliados no están de acuerdo como era de desearse, y temo que la convencion termine el dia menos pensado.

—Pero la España seguirá por su propia cuenta.

—No alcanzo nada, señorita, hay un velo tendido delante de nuestros ojos, que el tiempo se encargará de descorrer.

Amalia sabia cuanto pudiera desear y hasta donde la reserva del brigadier era lícito manifestarse.

Habló despues con los enviados de la gran Bretaña y de la Francia, los cuales sabian menos que Milans del Bosch.

La jóven se introdujo en los círculos con aquel tacto político que le era peculiar.

Comprendió que las ideas manifestadas por los enviados no satisfacian á los conservadores, que deseaban á todo trance el derrumbamiento de la República.

Amalia no cesaba de infiltrar la idea de la *legitimidad* sobre el plan de Iguala y parecia ser aceptada, puesto que era la bandera que hasta entonces podia levantarse y el principio proclamado con mas éxito entre los partidarios de la monarquía.

Amalia era de una rara capacidad, su posicion brillante por sus riquezas podia formar un núcleo respetable que sirviera de palanca á sus pretensiones.

La jóven estaba ufana y recorria los salones obsequiando á sus convidados con esquisita galantería.

La noche avanzaba en el vértigo del baile, hasta que la etiqueta pugnando con el sentimiento del placer, comenzó á arrebatarse hoja por hoja de aquel florido ramillete.

Desocupáronse los departamentos, las luces se extinguieron, cesó la música y no quedó de aquel festin sino la memoria.

Luego que Amalia quedó sola en su aposento, se despojó de sus brillantes arreos, y á pesar de que ya la mañana comenzaba á sobreponerse á las sombras de la noche, se puso á despachar su correspondencia para Europa.

Despues se reclinó en su lecho, y llevando sus manos al corazon exclamó con la voz concentrada del que padece:

—¡Fernando! . . . Fernando! . . . cuanto te amo! . . .

La conferencia se celebró en un edificio de mampostería que está á un costado de la iglesia y que buscan los viajeros como un lugar de terribles memorias.

Los dos hombres de Estado se hallaban frente á frente; y de aquella conferencia estaba pendiente el mundo entero.

Iban á chocar dos nubes que producirían el rayo.

—Caballero, dijo el conde de Reus, la liga trae un pensamiento civilizador, la enseña de la paz en medio de la catástrofe de la guerra intestina que devora este hermoso país; cualquiera administración bajo la forma elejida por el pueblo, tendrá un apoyo en nuestras armas, las armas de la Europa.

—Señor general, los informes que los soberanos de Europa han recibido acerca de la república, están minados por la base donde debe descansar ese pensamiento verdaderamente generoso; falta por completo la exactitud; la sinópsis política y administrativa podrá dar una idea clara á V. E. de mi aserto.

—Ya os escucho, señor ministro.

—Los Estados todos que forman la confederación, sin exceptuar un solo pueblo, se hallan sometidos á la legitimidad del gobierno y viven bajo el amparo de la constitucion.

—Permítame S. E. el señor ministro le manifieste la idea que sobre esa sumision tienen los representantes de la liga. El numeroso ejército con que cuenta el presidente Juarez tiene oprimida á la gran mayoría de la nacion.

—Precisamente ha sido ese el objeto de la revolucion reformista, acabar con un ejército corrompido, foco desmoralizado de donde han partido todas nuestras disensiones domésticas, y sustituirlo con la guardia nacional y un pié veterano sumamente escaso; note el señor conde de Reus, que descubro en estos momentos y ante su reconocida caballerosidad, el secreto de nuestra situacion en la guerra que se prepara.

El generoso marques tendió su mano al general Doblado.

—Estas pequeñas fuerzas, continuó el ministro, son suficientes para mantener el orden en las poblaciones; los Estados todos

CAPITULO IX.

De la primera plática que tuvieron los señores de la liga con los descendientes de Moctezuma en el pueblo de la Soledad.

I.

La actitud del gobierno mexicano se marcó de una manera digna y enérgica desde sus primeros pasos.

Los aliados notificaron que marcharian á la zona templada, sin que se entendiera este movimiento hecho en son de guerra.

Juarez respondió que no *permitiría* el paso á las fuerzas aliadas; que si venian en pos de sus reclamaciones, pasasen á Orizava los delegados con una escolta y entraria en pláticas despues que los ejércitos de la liga se reembarcasen.

Los plenipotenciarios contestaron que su resolucion era irrevocable, pero que deseando evitar un rompimiento, invitaban al general Doblado, ministro de relaciones, á una conferencia.

Esta idea fué aceptada, y el diez y nueve de Febrero del año de 1862 se reunieron en el pueblo histórico de la Soledad el general Doblado y don Juan Prim, conde de Reus, marques de los Castillejos.

están en plena paz, sus legislaturas instaladas y sus gobernadores dispensando las leyes en un reposo completo; jamás la república se encontró más en calma, apelo al dicho de Mr. Wyke y del señor Saligny que se distingue por su odio á México; así es que el apoyo físico y moral que la Europa trata de dispensar á la República, no surtiría efecto alguno. Esta exposición franca, como versa sobre una cuestión pública, no necesita más demostración. Siendo el principal objeto de la Europa sus reclamaciones, necesitamos establecer un precedente en esta conferencia; reconozca la liga la legitimidad del gobierno de Juárez y entraremos de plano en la apreciación de sus quejas para dejarlas por completo satisfechas, como desea ardientemente la República, que quiere evitar á todo trance una guerra con naciones á quienes siempre ha considerado como sus mejores amigas.

—El señor ministro tendrá la bondad de proponerme la redacción del primer artículo de los preliminares.

El general Doblado tomó la pluma y escribió:

“Supuesto que el gobierno constitucional que actualmente rige en la república mexicana, ha manifestado á los comisarios de las potencias aliadas que no necesita del auxilio que tan benévolutamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza y de opinión para conservarse contra cualesquiera revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados, para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.”

Esta redacción tan diplomática en que no se hería susceptibilidad alguna, fué aceptada por el general Prim.

—Como hemos anunciado á nuestra llegada al suelo mexicano en nuestra proclama, y posteriormente en la nota colectiva, que veníamos á presenciar la regeneración del país y apoyarla con nuestra influencia, física y moralmente, y aparece ahora por el primer artículo de los preliminares que reconocemos co-

mo la expresión de la voluntad del pueblo al gobierno existente, deseo que á todo trance conste que nunca tuvimos ideas de conquista, ni ese fué el pensamiento de la convención de Londres.

—El señor general Prim está en su derecho y constará cuanto á ese respecto desee el señor conde de Reus.

—Como el expediente de las reclamaciones que cada una de las naciones de la liga tiene que presentar al gobierno de México sea motivo de un exámen detenido, abriremos las conferencias dentro de dos meses, á partir desde esta fecha.

—El señor conde determine como le parezca, dijo el ministro mostrando una gran deferencia.

¿Qué importaban las concesiones en el arreglo de los negocios, después de arrancar á la Europa aquella prenda inestimable que volvía girones el pacto tripartito?

—V. E. redacte el artículo como lo estime más conveniente.

El conde de Reus tomó á su vez la pluma y escribió:

“Artículo segundo. Al efecto, y protestando como protestan los representantes de las potencias aliadas, que nada intentan contra la independencia, soberanía é integridad del territorio de la república, se abrirán las negociaciones en Orizava, á cuya ciudad concurrirán los señores comisarios y dos de los señores ministros del gobierno de la república, salvo el caso en que de comun acuerdo se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.”

—Perfectamente, dijo Doblado, nada tengo que objetar al pensamiento ni á la redacción; pasemos al artículo tercero.

“Durante las negociaciones las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizava y Tehuacan con sus ródios naturales.”

—Señor ministro, dijo Prim, en el terreno de la caballerosidad jamás dejo la arena á mi enemigo: permítame V. E. que escriba el artículo que atañe á mi lealtad y á mi hidalguía.

—Como más cuadre á V. E., contestó Doblado.

Prim escribió violentamente:

"Artículo cuarto. Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados *desocuparán* las posiciones antes dichas, y volverán á colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones, en rumbo á Veracruz, designándose como puntos extremos principales el de Paso Ancho en el camino de Córdoba y Paso de Ovejas en el de Jalapa."

"Artículo quinto. Si llegare el caso desgraciado de romperse las negociaciones, y retirarse las tropas aliadas á la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuvieren los aliados, quedarán bajo la salvaguardia de la nación mexicana."

—Perfectamente, señor general, solo resta un último artículo como deducción de estos convenios.

—No alcanzo lo que quiere decir el señor ministro.

—Voy á explicarme: como estos preliminares varían del todo la situación, y el reconocimiento del gobierno constitucional reputa á los aliados como plenipotenciarios de naciones amigas, debe tenerse la permanencia de las fuerzas de la liga en el territorio como meramente accidental. Propongo esta última condición:

"Artículo sexto. El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo segundo, se enarbolará el pabellón mexicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa."

—Caballero, dijo con entusiasmo el conde de Reus, sois un buen hijo de México; los hombres de nuestra raza estiman como ninguno la honra de su patria, que e tá por cima hasta de la existencia, porque ella es la religion de las almas generosas.

Aquellos dos hombres se separaron para no reunirse jamás en el tránsito de la vida.

El destino les tenia reservada una existencia dolorosa y terrible.

El conde de Reus, proscrito, calumniado, quemado en estatua por sus implacables enemigos, y viendo á lo lejos á esa España tan querida, cuyo suelo ha regado tantas veces con su sangre!.... Podrán desconocer sus títulos, borrarlo del libro del ejército español, negarle una tumba en la tierra que lo vió nacer; pero no alcanzarán á eclipsar las glorias de su claro nombre conquistado en los campos de batalla!

Don Manuel Doblado, firme campeón de la independencia mexicana, se amparó mas tarde en el suelo extranjero, donde descansan sus restos mortales en una olvidada tumba del cementerio católico de la Piedad en los Estados Unidos.

II.

Los preliminares de la Soledad fueron ratificados por el presidente Juarez y por los enviados diplomáticos representantes de la Europa.

El pabellón nacional volvió á tenderse sobre el Caballero Alto de Ulúa y palacio nacional de Veracruz, saludado por la marina extranjera y el ejército desembarcado en son de guerra en el territorio de la patria.

El tratado de Lóndres habia abortado.

Saligny y Wyke, que no tenian mas punto objetivo que los grandes intereses pecuniarios confiados á su guarda, creyeron que la República se habia estremecido de pánico al ruido de las armas, y que teniendo sobre su cabeza la espada de Damocles, se prestaria á entregar sus tesoros sobre las llamas de ese tormento que se llama guerra en la fraseología del siglo XIX.

Olvidaron los proyectos de la Europa, proscibieron la monarquía, quemaron todos aquellos protocolos de acusaciones

contra México, retiraron sus ofensas, corrigieron el lenguaje in-noble usado hasta entonces con la República, y prosternados ante la solemne majestad de un pueblo, confesaron su derecho y trazaron el estigma de la vergüenza y del oprobio sobre la frente de la vieja Europa en sus sueños insensatos de conquista!....

Un grano de arena atravesado en la ampolleta del reloj de-tenia la medida del tiempo.

La Europa estaba vencida, y ese pacto nefando quedaba en la historia como un último rasgo de la barbárie de otros siglos.

Partió el vapor llevando al viejo continente la noticia de su derrota en el campo de la diplomacia.

Las máquinas galvanizadas del telégrafo se preparaban á dar el gigante aviso de la rendicion de México, y comunicaron con espanto la terrible nueva que envolvía esa cifra que se llama los preliminares de la Soledad.

Un rayo venido por aquellos alambres hubiera causado mé-nos efecto; los tres soberanos desaprobaron unánimemente la conducta de sus enviados.

Mientras atravesaba las soledades del océano aquella sobera-na reprobacion, el volcan de la liga que momento á momento presentaba los síntomas determinados de una catástrofe, hizo al fin su erupcion al pié del gigante Orizava!----

CAPÍTULO X.

De lo que suele hacer Dios en su laboratorio químico.

I.

La tarde del 6 de Marzo de ese año memorable de 1862, la hermosa ciudad de San Andres Chalchicomula recibia con gran-des muestras de regocijo á la brigada de Oajaca, que habia co-sechado tantos laureles durante la guerra civil defendiendo la causa de la libertad y de la reforma.

Las campanas repicaban alegremente, las músicas militares tocaban sonos marciales, y las detonaciones de los cohetes po-blaban el espacio, formando aquella confusion un todo de sim-patía y entusiasmo.

Durante el corto intervalo de la llegada de las escuadras ex-trangeras, á la fecha del 6 de Marzo, podia contarse una nueva era en el ejército republicano.

El general Uruga, en jefe del ejército, habia desplegado en los primeros dias una grande actividad en los preparativos de la guerra, que auguraban una defensa sangrienta y vigorosa.